

—Diez, cuánto gano?

—Entran tres quintales y seis libras.

—La *jerré* en las libras. Le quitaré de *curaje* á los travesaños.

—Entonces gana usted veinticuatro pesos.

—Las rayas..... pensó el maestro, pues es verdad, tienes razón; tú me harás las cuentas, y mira, lleva á tu casa esa peseta por tu trabajo.

—Gracias, dijo Gabriel, y se despidió de su maestro.

Así empezó Gabriel su oficio de cerrajero.



CAPÍTULO VIII.

LOS NEGOCIOS DE LOS AGENTES.

NECESITAMOS dar al lector algunas noticias acerca de la ruina de D. Santiago.

Muy poco tardó en convencerse el pobre anciano, que había caído en una verdadera emboscada, y á partir del momento en que sospechó el fraude, no cesó en sus pesquisas é indagaciones hasta lograr poner el negocio en tela de juicio.

D. Santiago empezó á devorar lentamente su agonía en las antesalas y los juzgados,

en los corredores y en el Palacio de Justicia, entre la lenta y desesperante tramitación judicial, y la inercia de los empleados de justicia.

Cada paso en la causa era el movimiento de una sola molécula, con respecto á aquel todo gigantesco que se llamaba *causa*.

Quedábanle á don Santiago escasísimos recursos que disminuían de día en día, convirtiéndose en papel sellado, en sacar copias, firmas, informes y palabras. Quedábase también poca esperanza de reunirse con su dinero, y tomó la resolución de introducir notables economías en su género de vida.

Gabriel se educaba en una escuela gratuita, pero después buscó trabajo en las herrerías, de puerta en puerta: cuando lo consiguió, buscó su educación en una escuela nocturna para adultos, y ya había logrado llevar semanalmente una pequeña raya á don Santiago, quien, como hemos dicho, no descansaba un momento en sus pesquisas y gestiones cerca de la justicia.

En cuanto á Estefanía tuvo tiempo de ponerse en salvo, no sin escribir antes la siguiente carta:

Sr. D. José Zubieta.

C. de Vd., etc.

Muy señor mío:

Jamás hubiera ocurrido á usted en ninguna de las tribulaciones de mi vida, á no ser en el caso en que, obligada por mil circunstancias desgraciadas, no me quedara más arbitrio que apelar á la caballerosidad de usted.

¿Se acuerda usted de la temporada de San Angel? ¿recuerda usted las circunstancias en que se encontraba hace catorce años? Yo sí me acuerdo perfectamente, estuvimos en el Cabrío varias mañanas. Recuerde usted á aquella pobre mujer á quien usted amó, recuerde usted á *su pastora*, como usted la llamaba, recuerde usted lo que esa mujer lo amó, lo mucho que sufrió por us-

ted, lo crédula que fué, y tendrá una idea de lo desgraciada que ha sido después.

Usted lo sabe bien, tenía yo por desgracia una persona de quien dependía, y al sentir que era yo madre, vacilé entre revelar á usted mi estado, y huir del lado de mi verdugo para vivir con usted y con nuestro hijo, ó callar resignada para evitar las iras de mi verdugo odioso, iras que se hubieran descargado contra usted á quien tanto amaba.

Preferí callar, contentándome con el recuerdo de nuestras pasadas dichas, y con acariciar á nombre de usted y al mío, á mi pequeña Eloísa, á quien no ha querido usted reconocer, pero á quien reconocen todos en la fisonomía.

Hoy me veo precisada á ausentarme de la capital por un cuidado de familia, y creo llegada la vez en que un padre generoso y bueno, como lo es usted, ya que no supo ser amante agradecido, recoja el fruto de nuestro amor, y labre su porvenir quien es el autor de sus días y de su suerte.

Adios, Zubieta, mañana espera á usted su hija en la casa núm.... de la calle de San Pedro y San Pablo.

ESTEFANÍA.

Cuando Zubieta leyó esta carta, recorrió con la velocidad de un telegrama una historia de catorce años de fecha, unida á la de aquélla de su incitante curiosidad en saber quién era Eloísa, curiosidad que lo había metido, según hemos visto, en otra historia no menos trascendental que la de Estefanía.

Zubieta hubiera querido tener delante á la autora de la carta, para decirle en sus bigotes que mentía, y que respecto á su supuesta paternidad, apelaba de la sentencia del superior, cuyo fallo consideraba injusto, temerario y difamatorio; pero todas estas razones y protestas, y más que le hubieran ocurrido á Zubieta en caso dado, se estrellaban ante este inconveniente: la acusadora había desaparecido y solo existía su

supuesta hija, que como de catorce años, é hija de tal madre, en caso de que tal madre fuese, había de ser lo mas ladina que se conoce, y acaso no carecería de todo el desplante de su madre para decirle á Zubieta en sus bigotes:

—Usted es mi papá.

—Yo padre de Eloísa! se decía Zubieta pensando en que la voz de la sangre no le había revelado nada, á pesar de su curiosidad de aquella noche por saber quién era Eloísa.

Zubieta entró en cuentas consigo mismo, y siguiendo el método del Padre Ripalda, escudriñó la casa de su conciencia, buscando en los mas oscuros rincones, y no dejando traste que no levantara, ni mueble que no moviera, ni basura ni objeto que no analizara.

Este exámen, como de conciencia, no nos ha sido trasmitido en sus detalles, que de buena gana quisiéramos conocer, y á esta omisión debemos hoy no participar á nuestros lectores sino el resultado de aquella extraña mirada retrospectiva de Zubieta.

El resultado fué éste.

Eloísa no era hija de Zubieta.

En corroboración de la rectitud de este juicio, veamos lo que pasaba en la casa de Estefanía el día siguiente á aquél en que recibió el dinero de don Santiago.

Llegó Sotomayor jadeante.

—¿Qué sucede? preguntó á Estefanía.

Y ésta, con la misma vocecita dulce que la conocemos, dijo:

—Vaya usted á sacar dos boletos de la diligencia del Interior que sale mañana.

—Dos boletos!..... nos vamos?..... se va usted?..... á dónde nos vamos?

—Se van, agregó Estefanía, el señor... el señor Jimenez y su esposa.

—No lo conozco.

—Jimenez es usted.

—Y usted mi esposa?

—Sí.

—Oh dicha! y digo...

—Qué?

—Y las chicas?

—Las dejo.

- Cómo?
—A la grande con su padre.
—Quién es su padre?
—Zubieta.
—Es posible!
—No, no es posible, pero es creíble.
—Pero él lo cree?
—Lo negará, pero acabará por confesarlo, ya alguna vez le ha llamado la atención Eloísa.
—Y la otra?
—La otra se va con doña Pepita.
—Es tan urgente así la marcha?
—Mucho.
—Y la casa?
—Hay quien se quede aquí.
—Un hombre?
—No, una mujer; vaya usted, por los boletos.
—Ya vuelvo, hasta dónde vamos?
—Á Guadalajara.
—Jimenez y señora?
—Sí.
—Hasta luego.

A eso de las nueve de la noche una mujer de siniestra catadura preguntaba en la cocina por doña Estefanía, con quien á poco habló en secreto, y á las diez de la noche Sotomayor venía cargando una maleta de viaje.

Á eso de las doce de la noche, la casa de Estefanía quedó sumergida en el mas completo silencio, debiendo advertir, que las niñas de doña Estefanía dormían á la sazón en otra de las viviendas de la casa.

A las tres de la mañana Sotomayor encendió una vela, y sólo se oía ese ruido particular de la ropa, y esos pasos irregulares pero incesantes que revelan un preparativo.

—Ya? dijo Estefanía.

—Ya, contestó Sotomayor.

Y tomando éste las dos maletas echó á andar hacia el corredor seguido de Estefanía.

La casera había de recibir en aquella madrugada su última propina, de manera que estaba lista.

Abrió y salieron los viajeros diciendo sólo estas palabras:

—Hasta mañana.

Sotomayor caminaba detrás de Estefanía, no poco embarazado con las dos maletas: anduvieron las calles de San Pedro y San Pablo, San Ildefonso, las del Relox y la de las Escalerillas.

Allí los detuvo el guarda al volver la esquina.

—Qué llevan? preguntó.

—Equipaje para la casa de Diligencias.

—A la Diputación.

—No, hombre, soy el coronel Jimenez, ya podías llevar esto.

—No puedo, estoy en mi puesto.

—Pues toma.

Sonó dinero, calló el guarda, y siguió Sotomayor andando.

Estefanía iba envuelta hasta los ojos, y en las silenciosas calles sólo se oía el compasado rumor de los pasitos de Estefanía y el de los tacones del coronel, que no parecía muy acostumbrado á cargar maletas, porque descansaba y tomaba aliento en cada esquina.

Recorrieron las calles de Tacuba, Vergara y el Teatro Principal, hasta llegar á la casa de Diligencias, en cuya calle aparecieron dos coches sin mulas todavía.

Sentáronse Estefanía y Sotomayor en el dintel de una puerta, pero á poco rato salió un opaco reflejo de luz por la puerta de una de esas fonditas oscuras y misteriosas que hay en esa calle. Sotomayor mandó hacer chocolate y un momento después lo tomaba en compañía de Estefanía que empezaba á hacer el papel de su señora desde aquel momento.

Se abrió sin ruido la puerta de la casa de Diligencias, fueron llegando uno á uno los pasajeros de los dos carruajes que se detenían á las cercanías de los vehículos, como midiendo cada quien la resistencia de sus huesos en la larga travesía que se veían obligados á hacer dentro de aquellos beneméritos cajones.

Estefanía y Sotomayor fueron los primeros en acomodarse.

Empezaron á sonar las cadenas de la co-

vacha y de los tiros, y á oírse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y trocando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchos vecinos, en un gran perímetro de la ciudad, para saber la hora que es.



CAPÍTULO IX.

MEDIARON varias explicaciones entre Lola y don Manuel, y entre don Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para don Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se había reducido á una situación todavía más embarazosa que la primera.

Había tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.

—Pues no faltaba más, decía don Manuel, sino que me atreviera á desconfiar de